

Freire, Paulo. *Pedagogía del Oprimido*. Montevideo: Editorial Tierra Nueva, 1970.

En este libro, Paulo Freire repite, ordena, explica y completa las ideas fundamentales de la teoría de educación y concientización, ya expuestas en publicaciones anteriores. Sus ideas, pues, no son nuevas: pero son ahora presentadas más sistemáticamente con un enfoque polarizador.

Freire intenta a lo largo de los cuatro capítulos de este libro explicarnos que la pedagogía del oprimido es necesaria, para un cambio radical. Se trata de una pedagogía que no es elaborada sólo desde fuera y que desciende como redentora a salvar a los seres oprimidos. Ni siquiera una pedagogía que naciera de la observación cercana y que quisiera adaptarse en todos los aspectos al modo de ser de un pueblo oprimido. Es, por el contrario, una

pedagogía que nace de la vida que tiene el pueblo, una vida en parte encadenada, en parte desviada, y que en gran parte desarrolla dimensiones que admiran a quien se acerca a él. La pedagogía debe nacer del pueblo porque quien le hace callar no puede inventarla. Cae generalmente en un paternalismo o en un desarrollismo que niega al pueblo, en el fondo, su ser de persona. El opresor —la clase opresora— prescribe al pueblo una serie de patrones que son los suyos, y sólo escucha de él su propio eco, la imagen, la sombra que con su poder ha introyectado en él. Además, las estructuras que el poder ha creado hacen que el pueblo tenga que aceptar, al menos externamente, una escala de valores que no le son propios so pena de no poder subsistir. De aquí nacen las dificultades de la pedagogía del oprimido, pues éste es un ser dual, que trae consigo la sombra del opresor introyectada, y que como movimiento espontáneo tiene una

adherencia al opresor puesto que gran parte de su vida la realiza por las prescripciones que vienen de quien le hace callar.

La pedagogía del oprimido, por tanto, tiene como primer paso la *emersión* del mundo que se nos quiere imponer como cerrado. Este paso implica ya una decisión interna; no es un paso meramente intelectual, aunque pueda también implicar la reflexión científica. Es un paso que muchos estudiosos de las realidades sociales y antropológicas pueden no haber dado, pues nace también de una fe, de una decisión de recorrer conscientemente un camino en el que se cree. La *emersión* del mundo en que vivimos, por la que nos damos cuenta de que no es un mundo cerrado, implica ya perder, aunque sea un poco, el miedo a la libertad. Inmediatamente después de esta *emersión* viene la inserción crítica en la realidad, que es ya una *praxis*: la crítica sería falsa si no se diera como un compromiso. El opresor difícilmente recorre estos primeros pasos, pues hieren sus intereses. Es capaz de estudiar científicamente la realidad; pero no de insertarse en ella críticamente.

Como tercer paso viene el ímpetu de la transformación, que se expresa en la *praxis* que supera la contradicción sujeto-objeto. No se niega la objetividad: se asume la subjetividad como un elemento también importante.

Estos pasos no pueden esperar un compás. No se puede esperar a aplicarlos al final de la revolución estructural que permita al hombre respetar y amar más a sus semejantes. La misma revolución tiene que darse en la fe y respeto del pueblo; de otro modo no sería revolución. La liberación no es impuesta a nadie: sería contradictorio; sólo se da una liberación en comunión.

Estas actitudes y principios respecto a la persona, a la fe en el pueblo, a la liberación en comunión, así como su concepción sobre el camino hacia la liberación, hacen a Freire criticar la forma de educación que él llama *bancaria* y proponer en

contrapartida la *educación problematizadora*.

Una sociedad que vive tan a fondo la contradicción opresor-oprimido tiene que reflejar en sus instituciones sus principales características, sobre todo en su aparato reproductor: el sistema educativo. El sistema bancario de educación acentúa la contradicción educador-educando que tiende a hacer de los educandos objetos pasivos receptores. La labor del educador es la de llenar a los seres que él concibe como recipientes, pues son ignorantes, de su saber. La ignorancia es absolutizada y siempre se encuentra en el otro. Así, el educador transmite retazos de una realidad estática, y refleja en su obra la cultura del silencio que el educando vive ya a otros niveles.

Freire no quiere decir que toda la educación actual sea totalmente pasiva; pero sí esencialmente pasiva. Es decir, puede presentar un cierto dinamismo; pero no refleja más que el dinamismo que tiene nuestra sociedad dentro de los marcos que el sistema le señala. Hay avances pedagógicos, pero éstos no llevan a un desarrollo que cuestione los mismos marcos que limitan nuestro actuar. Es decir, no llevan a *emerger*, y por lo tanto mucho menos a una inserción crítica. Al contrario, aun en medio de su aparente dinamicidad, forman en el educando una capacidad para aceptar las prescripciones sin crítica ni rebeldía. Es decir, se pretende "transformar la mentalidad de los oprimidos y no la realidad que los oprime", para mejor dominar. A esto se vincula una acción social de carácter paternalista que ve en los oprimidos la patología de la sociedad y busca incorporarlos transformando sus mentalidades de hombres ineptos y perezosos.

En contrapartida, Freire propone una *educación problematizadora* que tiende a superar la dicotomía educador-educando por medio de su concepción del acto cognoscitivo. Esta concepción nunca considera a la otra persona como objeto, sino que busca la comunicación. El educando deja de ser un depositario para convertir-

se en un ser activo que puede emerger e insertarse críticamente y responder así a los desafíos que la realidad le presenta. La realidad no aparece a su *emersión* como fatalmente determinada, sino que, al concebirse a sí mismo como el punto de partida del movimiento, el educando ve la realidad como limitante pero cambiante.

Esta concepción antagónica a la bancaria está fincada sobre el diálogo que es la misma palabra en la unión inquebrantable de la acción-reflexión (*praxis*) que transforma el mundo. Cuando se rompe esta unión no hay palabra dialógica sino palabrería o activismo. El decir, la palabra es derecho de todos, y nadie la puede decir por otro en un acto de prescripción. El diálogo es, en realidad, el encuentro de los hombres en el mundo; en un mundo que se expresa y es transformado mediante el mismo diálogo y hace que éste supere las relaciones yo-tú. Por eso el diálogo no se da en la relación de dominación, pues para que exista se necesita un profundo amor a los otros y al mundo, humildad y una gran fe en los hombres. El diálogo es contradictorio con la dominación pues ésta en su expresión de beneficencia paternalista carece de confianza en los hombres. Para el pedagogo dialógico, el contenido del diálogo es la devolución organizada, sistematizada y acrecentada al pueblo de aquellos elementos que él le entregó en forma inestructurada. Debemos presentar al pueblo, a través de ciertas contradicciones, su situación existencial concreta presente, como desafío que exige una respuesta. Hay que tomar en serio todo lo dicho y no hacer de esta presentación una manipulación, pues el objetivo fundamental es la lucha con el pueblo, nuestra liberación con el pueblo, y nunca su conquista. Es tan importante esto que ni cuando iniciamos el diálogo a través de la investigación científica del universo temático del pueblo, podemos dejar de ser dialógicos.

Como primer paso en esta educación dialógica debemos investigar los temas generadores que representan el universo temático de la sociedad en que vivimos. Se

encuentran envueltos en las situaciones límite y pueden encontrarse en círculos concéntricos que van de lo más general a lo más particular. Son los temas que el pueblo quiere problematizar. Para eso es conveniente encontrar estos temas como codificados en situaciones concretas para poderlas presentar así delante de él, para causar una escisión de la realidad que provoca que ésta no se vea como algo fatal sino como un desafío. En la misma investigación de los temas generadores no se debe tomar jamás al pueblo como objeto, sino ser conscientes de la comunicación que se busca con él por medio de la realidad que pueda olvidar que el pueblo es sujeto y no objeto, pues "si las élites opresoras se fecundan necrófilamente en el aplastamiento de los oprimidos, el liderazgo revolucionario sólo puede fecundarse a través de la comunión con ellos".

El trabajo de Freire tiene como punto de partida la fe y el respeto que el pueblo le merece. Una fe y respeto que no queda sólo en los planos de la discusión filosófica, sino que nos muestra caminos concretos por donde puede venir esa fe. Inspira una crítica continua para no dejarnos llevar por una falsa efectividad que utiliza y manipula personas en nombre de la liberación.

La educación problematizadora, con su fundamento en el diálogo, y aun la teoría del conocer en que la apoya, pueden ser criticables sólo desde una acción comprometida que sea capaz de entenderlas en su verdadera dimensión. Puede hacerse la crítica de que Freire supone, demasiado ingenuamente, que la sociedad cambiará cuando cambien las mentes de los hombres; pero no hay que olvidar que el método de concientización implica, en alguna forma, la acción directamente encaminada a cambiar la sociedad.

Freire investiga todos los caminos de cambio real que en ningún momento utilicen al pueblo; sin embargo, se nota que varias veces contraponen este respeto del pueblo a la efectividad del cambio revolucionario, y concluye que no hay cambio revolucionario sin conservar la actitud dia-

lógica durante todas sus fases. Es un principio que mantiene inquebrantable, pero que está sometido al juicio del tiempo. Es decir, entre más tiempo pase sin que se dé un cambio real de las situaciones opresoras, más se tenderá a creer que es

el liderazgo que nace de la manipulación y no de la concientización el que puede mejorar la realidad.

Oscar Maisterra

Escuela Calpulli de Tlayacapan